

Mensaje tres

**La causa de que seamos irrepreensibles en santidad
y la causa de nuestra completa santificación
en nuestro espíritu, alma y cuerpo**

Lectura bíblica: 1 Ts. 3:13; 5:23-24

I. A fin de llevar una vida santa para la vida de iglesia necesitamos que el Señor afirme nuestro corazón irrepreensible en santidad (sin que se encuentre ninguna falta en nuestra santidad)—1 Ts. 3:13:

- A. El corazón es el conglomerado formado de las partes internas del hombre, el principal representante del hombre, su agente en funciones:
 - 1. Nuestro corazón es una composición formada de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Jn. 14:1; 16:22; Hch. 11:23)— más una parte de nuestro espíritu: la conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
 - 2. Nuestro corazón y su condición delante de Dios están orgánica, intrínseca e inseparablemente relacionados con la condición de nuestro espíritu, alma y cuerpo delante de Dios:
 - a. El ejercicio del espíritu sólo funciona cuando nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, el espíritu queda encarcelado en su interior y no puede manifestar su capacidad—Mt. 5:3, 8; Sal. 78:8; Ef. 3:16-17.
 - b. El alma es la persona misma, mientras que el corazón es la persona en acción; el corazón es el agente en funciones, el comisario en funciones, de todo nuestro ser.
 - c. Las actividades y movimientos de nuestro cuerpo físico dependen de nuestro corazón físico; del mismo modo, nuestro vivir diario, la manera en que actuamos y nos comportamos, depende de la clase de corazón psicológico que tenemos.
- B. El corazón es la entrada y la salida de la vida, el “interruptor” de la vida; si el corazón no está bien, la vida en el espíritu encuentra impedimentos, y la ley de vida no puede operar libremente y sin obstáculos para alcanzar cada parte de nuestro ser; aunque la vida posee gran poder, este gran poder es controlado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.
- C. Dios es Aquel que no cambia, pero según nuestro nacimiento natural, nuestro corazón es voluble tanto en nuestra relación con otros como con el Señor—cfr. 2 Ti. 4:10; Mt. 13:3-9, 18-23.
- D. No hay nadie que, según su vida humana natural, sea firme en su corazón; puesto que nuestro corazón cambia tan fácilmente, no es confiable en lo absoluto—Jer. 17:9-10; 13:23.

Mensaje cinco (continuación)

- E. Nuestro corazón es reprehensible porque es voluble; un corazón que no cambia es un corazón irreprehensible—Sal. 57:7; 108:1; 112:7.
 - F. En la salvación que Dios efectúa, la renovación del corazón ocurre una vez para siempre; sin embargo, en nuestra experiencia, nuestro corazón es renovado continuamente debido a que es voluble—Ez. 36:26; 2 Co. 4:16.
 - G. Debido a que nuestro corazón es voluble, es necesario que sea renovado continuamente por el Espíritu santificador a fin de que pueda ser afirmado, edificado, en el estado de ser santo, el estado de ser apartado para Dios, ocupado por Dios, poseído por Dios y saturado de Dios—Tit. 3:5; Ro. 6:19, 22.
 - H. A fin de ser “los que son santificados” en la experiencia de llevar una vida santa para la vida de iglesia, debemos cooperar con la operación interior de Aquel “que santifica” al tomar medidas con respecto a nuestro corazón—He. 2:11; Sal. 139:23-24:
 - 1. Dios quiere que nuestro corazón sea suave—Ez. 36:26; Mt. 13:4, 19; 2 Co. 5:14; cfr. Éx. 32:9; Jer. 48:11.
 - 2. Dios quiere que nuestro corazón sea puro—Mt. 5:8; Sal. 73:1, 25; Jer. 32:39; Sal. 86:11b; 2 Ti. 2:22; 1 Ti. 1:5.
 - 3. Dios quiere que nuestro corazón sea amoroso—Sal. 42:1-2; Cnt. 1:1-4; 2 Co. 3:16; 2 Ts. 3:5; *Himnos*, #255; *Hymns*, #547; Ef. 6:24; Jn. 15:9-10; 21:15-17; Mt. 26:6-13; 1 Jn. 2:5.
 - 4. Dios quiere que nuestro corazón esté en paz—Hch. 24:16; 1 Jn. 3:19-21; He. 10:22; 1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5; Fil. 4:6-7; Col. 3:13-15.
 - I. A medida que nuestro corazón es afirmado irreprehensible en santidad por la renovación continua que el Espíritu santificador efectúa, llegamos a ser la Nueva Jerusalén con la novedad de la vida divina, y llegamos a ser la ciudad santa con la santidad de la naturaleza divina—Ap. 21:2; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4.
- II. Dios no sólo nos ha hecho santos en cuanto a nuestra posición por la sangre redentora de Cristo a fin de apartarnos para Sí en Su redención jurídica, sino que Él también nos está santificando en cuanto a nuestra manera de ser por Su propia naturaleza santa a fin de saturarnos consigo mismo en Su salvación orgánica—He. 13:12; 10:29; Ro. 6:19, 22; Ef. 5:26; 1 Ts. 5:23-24:**

Mensaje cinco (continuación)

- A. La santificación en cuanto a nuestra manera de ser, la cual Dios efectúa en nuestro espíritu, alma y cuerpo, tiene por finalidad “hijificarnos” divinamente, lo cual nos hace hijos de Dios a fin de que lleguemos a ser iguales a Dios en Su vida y Su naturaleza, mas no en Su Deidad, para que podamos ser la expresión de Dios—Ef. 1:4-5; He. 2:10-11.
- B. Al santificarnos, Dios nos transforma en la esencia de nuestro espíritu, alma y cuerpo, lo cual nos hace completamente semejantes a Él en naturaleza; de esta manera Él guarda completamente perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo—1 Ts. 5:23:
 - 1. En el aspecto cuantitativo, Dios nos santifica por completo; en el aspecto cualitativo, Dios nos guarda perfectos: Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo.
 - 2. Aunque Dios nos guarda, necesitamos tomar la responsabilidad, la iniciativa, de cooperar con Su operación para ser guardados al mantener nuestro espíritu, alma y cuerpo en la saturación que el Espíritu Santo efectúa—vs. 12-24.
- C. A fin de cooperar con Dios para guardar nuestro espíritu en santificación, debemos mantener nuestro espíritu en una condición viviente al ejercitarlo:
 - 1. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos mantener nuestro espíritu viviente al ejercitarlo para tener comunión con Dios; si no ejercitamos nuestro espíritu de este modo, lo dejaremos en una situación sumida en muerte:
 - a. Estar gozosos, orar y dar gracias equivalen a ejercitar nuestro espíritu; guardar nuestro espíritu equivale primeramente a ejercitar nuestro espíritu para mantenerlo viviente y sacarlo de la muerte—vs. 16-18.
 - b. Necesitamos cooperar con el Dios santificador a fin de ser separados de toda situación que traiga muerte a nuestro espíritu—cfr. Nm. 6:6-8; 2 Co. 5:4.
 - c. Debemos adorar a Dios, servir a Dios y tener comunión con Dios en nuestro espíritu y con nuestro espíritu; todo lo que seamos, todo lo que tengamos y todo lo que hagamos debe ser en nuestro espíritu—Jn. 4:24; Ro. 1:9; Fil. 2:1.
 - 2. A fin de guardar nuestro espíritu, necesitamos preservarlo de toda inmundicia y contaminación—2 Co. 7:1.

Mensaje cinco (continuación)

3. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos procurar tener una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres—Hch. 24:16; Ro. 9:1; cfr. 8:16.
4. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos prestar atención a nuestro espíritu al poner la mente en el espíritu y ocuparnos del reposo en nuestro espíritu—Mal. 2:15-16; Ro. 8:6; 2 Co. 2:13.
- D. A fin de cooperar con Dios para guardar nuestra alma en santificación, debemos limpiar las tres “arterias” principales de nuestro corazón psicológico, es decir, las partes de nuestra alma: nuestra mente, parte emotiva y voluntad—Fil. 2:2, 5; 1:8; 2:13:
 1. A fin de que nuestra alma sea santificada, nuestra mente debe ser renovada para que sea la mente de Cristo (Ro. 12:2), nuestra parte emotiva debe ser conmovida y saturada con el amor de Cristo (Ef. 3:17, 19), nuestra voluntad debe ser subyugada por el Cristo resucitado e infundida con Él (Fil. 2:13; cfr. Cnt. 4:4a; 7:4a) y debemos amar al Señor con todo nuestro ser (Mr. 12:30).
 2. La manera de destapar las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico es hacer una confesión exhaustiva al Señor; necesitamos permanecer con el Señor por un periodo de tiempo pidiéndole que nos introduzca plenamente en la luz, y a la luz de lo que Él ponga al descubierto, necesitamos confesar nuestros defectos, fracasos, derrotas, errores, delitos y pecados—1 Jn. 1:5-9:
 - a. A fin de destapar la arteria de nuestra mente, necesitamos confesar todo lo que sea pecaminoso en nuestros pensamientos y en nuestra manera de pensar.
 - b. A fin de destapar la arteria de nuestra parte emotiva, necesitamos confesar la manera natural, e incluso carnal, en la que hemos expresado nuestro gozo y tristeza, y que en muchas ocasiones aborrecemos lo que deberíamos amar y amamos lo que deberíamos aborrecer.
 - c. A fin de destapar la arteria de nuestra voluntad, necesitamos confesar los gérmenes de rebelión presentes en nuestra voluntad.
 - d. Si tomamos el tiempo necesario para destapar las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, tendremos el sentir de que todo nuestro ser ha llegado a ser viviente y está en una condición muy saludable.

Mensaje cinco (continuación)

- E. A fin de cooperar con Dios para guardar nuestro cuerpo en santificación, debemos presentar nuestro cuerpo a Él con miras a llevar una vida santa para la vida de iglesia al practicar la vida del Cuerpo a fin de llevar a cabo la perfecta voluntad de Dios—Ro. 12:1-2; 1 Ts. 4:4; 5:18:
1. Nuestro cuerpo caído, la carne, es el “salón de reunión” de Satanás, el pecado y la muerte, pero por la redención efectuada por Cristo y en nuestro espíritu regenerado —el “salón de reunión” del Padre, el Hijo y el Espíritu—, nuestro cuerpo es un miembro de Cristo y el templo del Espíritu Santo—Ro. 6:6, 12, 14; 7:11, 24; 1 Co. 6:15, 19.
 2. Guardar nuestro cuerpo equivale a glorificar a Dios en nuestro cuerpo—v. 20.
 3. Guardar nuestro cuerpo equivale a magnificar a Cristo en nuestro cuerpo—Fil. 1:20.
 4. A fin de guardar nuestro cuerpo, no debemos vivir según nuestra alma, el viejo hombre; de este modo el cuerpo de pecado perderá su empleo y quedará desempleado—Ro. 6:6.
 5. A fin de guardar nuestro cuerpo, no debemos presentar nuestro cuerpo a ninguna cosa pecaminosa, sino más bien presentarnos a nosotros mismos como esclavos de la justicia y nuestros miembros como armas de justicia—vs. 13, 18-19, 22; Dn. 5:23:
 - a. “Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación, que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso en santificación y honor”—1 Ts. 4:3-4.
 - b. El hecho de no conocer a Dios es la razón básica por la cual las personas se entregan a la pasión de concupiscencia—v. 5.
 6. A fin de guardar nuestro cuerpo, debemos golpearlo y ponerlo en servidumbre para cumplir nuestro propósito santo de llegar a ser la ciudad santa—1 Co. 9:27; Ap. 21:2.